

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 240.

Alicante 3 de Julio de 1875.

Año VI.

DISCURSO

dirigido por el Sumo Pontífice al Sagrado Colegio de Cardenales con motivo del vigésimonono aniversario de su exaltación al Trono Pontificio.

Hace ya cinco años que esta ciudad ha sido ocupada, no por un ejército extranjero, como le ha sucedido muchas veces en los tiempos pasados, sino por un ejército italiano, que ha venido, no para protegerla y defenderla, sino para oprimirla y envilecerla, cambiando el oro purísimo y la excelente fama que debía á ser capital del mundo católico, por el aire abrasado y lleno de turbación de un reino terrestre, eminentemente terrestre.

Esto no impide que de mil puntos del mundo católico las miradas se dirijan mas ardientemente que nunca hácia este centro de la verdad. Es un gran consuelo ver como en el mismo momento en que tantas tribulaciones y tantos ataques caen sobre la santa Iglesia, la fe y la caridad se acrecientan y se inflaman, y todos los corazones se unen mas estrechamente que nunca alrededor de la Santa Sede.

Observemos un momento la lucha trabada entre los dos principios, el del error

y el de la verdad. Vereis de un lado casas en gran número, donde está enarbolada la bandera del pecado; del otro, casas de refugio donde la caridad cristiana recoge las almas que quieren consagrarse á la penitencia.

Vereis de un lado las publicaciones de una prensa absolutamente sin pudor, mentirosa, blasfema, protegida y pagada frecuentemente por aquellos mismos que tienen el deber de reprimirla; y del otro asociaciones de buenos y celosos católicos, consagrados completamente á la publicación de libros de sana moral, de escritos edificantes, de periódicos que tienen, por decirlo así, el carácter de catecismos, y se dedican á refutar los errores y á poner al desnudo los fraudes de los revolucionarios y de los sectarios.

De un lado vereis los apóstatas y los incrédulos, que por haber tomado parte en el nuevo orden de cosas, obtienen como recompensa la facultad de sentarse en las cátedras de la enseñanza para corromper la juventud. El hecho, por horrible que sea, no deja de ser desgraciadamente muy verdadero. Con el fin de oponer un dique á este torrente devastador, un gran número se consagran y se entregan con admirable valor á la enseñanza de gran parte de la juventud, ora apartándola de las fuentes envenenadas

del error, ora conduciéndola por el recto sendero de la verdad, despues que ha respirado la corrompida atmósfera de las aulas ocupadas por los maestros de pestilencia.

De otro lado vereis las iglesias donde resonaban poco ha las alabanzas del Señor, cantadas por tantas religiosas y virgenes esposas, hoy día despojadas, mudas y desiertas, reducidas á ese profundo silencio que denota un completo abandono; vereis en cambio las iglesias que permanecen abiertas al culto rebosar con la muchedumbre de los fieles. Y para confusion de aquellos que han asegurado con tanta imprudencia que el día 16 de Junio pasaria inadvertido para los romanos, os diré de una manera cierta que en el momento en que os hablo todas las iglesias están llenas de fieles, y la mayor parte adornadas de un modo extraordinario, para celebrar con pompa la fiesta del Sagrado Corazon.

Está fuera de duda que desde la brecha de este santuario celestial el divino Redentor nos observa con una mirada amorosa, escucha nuestras súplicas con ternura enteramente paternal, y las recoge para depositarlas en esta Arca de salvacion eterna, para despues atenderlas en tiempo oportuno. Y como sabemos que este Corazon arde en inmensa caridad para los hombres, debemos vivir confiados en que nuestras oraciones no quedarán desatendidas.

Entre tanto, me regoeijo con vosotros de que, á pesar de tantas y tantas oposiciones (y aun añadiré en medio de una incertidumbre tan grande respecto á lo porvenir), habeis permanecido siempre en vuestro oficio de primeros senadores

de la Iglesia católica, como nuestros celosos cooperadores en la direccion de este gran edificio del divino Redentor, que es su Iglesia. ¿Y podia ser de otro modo?

Tres siglos de una sanguinaria persecucion, que tenia por objeto la destruccion del Cristianismo, no produjeron mas resultado que la multiplicacion de los cristianos y la dilatacion de la Iglesia de Jesucristo. Una persecucion fari-sáica, sectaria é impia de algunos años, ¿podrá disminuir, debilitar nuestras fuerzas y las de tantos millones de fervientes católicos? No, no.

La constancia es una virtud que no se adquiere en medio de la paz, y esa virtud precisamente es la que en la actual lucha se manifiesta en todo su vigor y su belleza.

Jesucristo mismo nos ha enseñado la necesidad del combate cuando ha dicho: *Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos*. Nuestro divino Salvador no ha dicho: *Os envio contra los lobos, sino en medio de los lobos*, expuestos siempre á las voraces bocas de aquellas fieras insaciables, que despues de haber despedazado y devorado una víctima, respiran solo para prepararse á una nueva y sangrienta comida.

¿Acaso no somos nosotros tambien testigos de este miserable espectáculo? Glorifiquemos, no obstante, á Dios, declarando que, de cuando en cuando, algunos de estos lobos se convierten en corderos. ¡Cuántas almas iluminadas por la gracia divina han hecho y hacen solemnes retractaciones de sus errores, reparando así un gran escándalo y dando á conocer públicamente el feliz cambio de su corazon! En medio de tantas amar-

guras tenemos dos grandes motivos de consuelo: la conversión de esos pobres extraviados, y la constancia de aquellos excelentes católicos que, no solo permanecen inmóviles dentro de los buenos principios, sino que además, con la oración, con saludables consejos, y por todos los medios que la caridad les sugiere cooperan, como los anteriores lo hacen con el ejemplo, al regreso al bien de las almas descarriadas.

Si por acaso la fatiga de un largo combate llegase á turbar y á disminuir la constancia de los combatientes, ocurraenos en primer lugar pedir á Dios una celestial condecoración, aquella precisamente que en la oración de este día, dedicada á San Francisco de Regis (calendario de San Juan de Letran) pone la Iglesia ante nuestros ojos, diciendo al Señor, que ha investido al Santo de una paciencia invencible: *invicta patientia decorasti*. ¡Quiera El también concedernos á nosotros esta celestial virtud que nos hace dueños de nuestras almas!

En segundo lugar, unamos al ejercicio de la paciencia la práctica de la fé; porque también nosotros necesitamos clamar al divino Redentor con la fé del Principe de los Apóstoles: *Domine, salva nos, perimus*.

Y así como entonces Cristo se levantó lleno de majestad, para ordenar á los vientos y á las olas que se serenasen, del mismo modo pidámosle hoy que renueve su divino mandato, y estemos seguros de que el mismo éxito coronará nuestras plegarias.

Fé, pues, fé y constancia. Unamos las buenas obras á la penitencia, y con la segunda venceremos todos los peligros de

la debilidad, así como las insinuaciones de todos aquellos en los cuales la fatiga engendra naturalmente la debilidad; debilidad que los conduce hasta el extremo de formar proyectos, en que la dignidad y la conciencia se sacrifican á las dulzuras de una vida tranquila.

¡Que Dios nos ayude, y que de esta mina inagotable de caridad, que es precisamente su Divino Corazon, saque una bendición que al fortificarnos para el combate y revestirnos de una mayor confianza, aumente en nosotros la confianza de ver muy pronto el fin de tantos desórdenes, de tantas usurpaciones, de tantas injusticias y de tantos monstruos como la presente revolución ha abortado en tan gran abundancia!

Benedictio Dei, etc.

FIESTA DEL SAGRADO CORAZÓN.

La importancia del suceso nos mueve á publicar en este sitio la siguiente relación que traen los periodicos católicos de Francia:

«Colocacion de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazon en Montmartre.

«La colocacion de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazon, que se va á levantar en las alturas de Montmartre, se ha verificado con la solemnidad que era de esperar, atendido el carácter de protesta que contra la impiedad moderna caracteriza la creacion de esta iglesia, destinada á propagar la santa y piadosa devoción del Sacratísimo Corazon de Jesús.

» Desde la seis de la mañana numerosos carruajes subían por las calles que conducen al Monte de los Mártires. Todo estaba preparado; aguardábase con impaciencia la llegada del Cardenal Arzobispo de Paris, que hizo su entrada en la iglesia, acompañado de varios Prelados, á las nueve y cinco minutos.

» Acto continuo Su Eminencia escuchó y contestó á un discurso que le fué dirigido. En seguida dió comienzo al santísimo sacrificio de la Misa, asistido de MM. Lagardè y Caron, sus vicarios generales. Durante el oficio divino, las niñas que están bajo la direccion de las Hermanas de San Vicente de Paul entonaban cánticos sagrados, que producian un efecto admirable mezclándose con las armonias del órgano.

» En el coro, y en parte de la nave, se colocaron los canónigos de la iglesia metropolitana, casi todos los canónigos y curas de Paris, y comisiones de gran número de las diócesis de Francia. La Lorena y la Alsacia tenían tambien su representacion: inmediatamente despues estaban los individuos del Comité del *Voto nacional* y los diputados.

» En el presbiterio aparecian los señores Arzobispos y Obispos en el orden siguiente: del lado de la Epístola, S. Eminencia Mons. Meglia, Nuncio de Su Santidad; Mons. D' Hargoye, antiguo Obispo de Autun, canónigo de San Dionisio; Monseñor Regnaud, Obispo de Chartes; Mons. Maret, Obispo de Sura, *in partibus*, dean del cabildo de San Dionisio, y Mons. el auditor de la Nunciatura: del lado del Evangelio, Mons. Dupanloup, Obispo de Orleans; Mons. Lavigerie, Arzobispo de Argel; Mons. Perché, Arzo-

bispo de Nueva Orleans; Mons. Freppel, Obispo de Angers, y Mons. el Obispo del Cabo de Buena Esperanza.

» Faltaban algunos Sres. Obispos, particularmente los de Clois, de Troyes, de Meaux y de Versailles, que se hallaban detenidos en sus respectivas diócesis, unos por enfermedad y otros por encontrarse haciendo la visita.

» Los individuos del Comité del *Voto nacional* y gran número de diputados recibieron la Santa Eucaristía de manos de su Eminencia el cardenal arzobispo de Paris y de su Excelencia monseñor el Nuncio.

» Acabada la Misa, M. D' Hulst, vicario general de Paris, leyó desde el púlpito el acto de consagracion al Sagrado Corazon, con objeto de que lo recitasen aquellos de los fieles que no pudieran acudir por la tarde á sus respectivas parroquias.

» Inmediatamente se puso en marcha la procesion, para colocar la primera piedra de la futura iglesia, colocada delante de una cruz rodeada de flores.

» El cardenal arzobispo de Paris pronunció entonces un notable discurso, en el cual comenzó por dar las gracias á Su Santidad, que habia bendecido tan santa obra, y que acababa de enviar un telegrama de bendicion al pastor de la Iglesia de Paris y á todos los fieles reunidos en Montmartre. El celoso prelado de Paris envió tambien un voto de gracias á la Asamblea nacional, y á todos aquellos que habian coadyuvado de alguna manera al éxito de la empresa. A cada instante interrumpian el discurso los gritos de ¡viva Pio IX! ¡viva la Asamblea nacional! ¡viva Francia!

»Daba realce á tan piadosa ceremonia la colocacion del eminente Prelado en la plataforma central, y el hallarse rodeado de los Sres. Obispos y de gran número de oficiales superiores del ejército, entre los cuales veíase al duque de Nemours con su hijo. En lo alto de la plataforma brillaban las armas del Papa, las del Nuncio y las del Cardenal Arzobispo. Terminado el discurso de Su Eminencia, se recitaron los cánticos de la Liturgia correspondiente, concluyendo con la Letania de los Santos. La ceremonia terminó bendiciendo y sellando la primera piedra del monumental edificio monseñor Guibert.

»Renunciamos á citar los nombres de los diputados de la derecha que asistieron á la ceremonia, pues con decir que casi todos ellos se encontraban presentes, los citamos por sus nombres casi á todos.

»Entre los católicos eminentes que se hallaban en el acto de la ceremonia, además de los diputados de la derecha, citaremos al general De Geslin, comandante de la plaza de Paris, al general de Montarby, á SS. AA. el duque de Nemours y al duque D'Alenzon, al baron de Ferussac, al general Cathelineau, á M. Merbuieux-Dubignaus, primer presidente de la Audiencia de Poitiers, Vaudon, presidente general de la sociedad de San Vicente de Paul, De Margerie, Le Gentil, De Beutque, el marqués de Dreuz-Brezé, y Boré, Superior general de los Lazaristas; notándose la presencia del célebre, valiente y celosísimo capitán De Mun, que, como recordarán nuestros lectores, se ocupa en catequizar á los obreros.

»El general baron de Charette, individuo de la comision del *Voto nacional*, no ha podido asistir por hallarse en Paray-le-Monial renovando el acto de consagracion de los valientes zuavos pontificos al Sagrado Corazon.

»¡Quiera Dios dejarse apiadar, y detenga su airado brazo ante el edificante y piadoso espectáculo de la colocacion de la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazon, que Francia penitente acaba de verificar en desagravio de las impiedades y blasfemias de la edad contemporánea!

»¡Haga el Altísimo que en esta nuestra desgraciada España se cumpla, como urge hacerlo, con este ineludible deber de desagraviar á la Justicia divina!»

DISCURSO

pronunciado por Su Eminencia el Cardenal arzobispo de Paris al bendecir la primera piedra de la iglesia del Sagrado Corazon de Montmartre.

Monseñores y señor es:

En el momento de bendecir la piedra fundamental de este edificio, mi primer pensamiento es de reconocimiento para aquellos que han coadyuvado á esta obra. Hallo en primera linea al gran Papa, á quien la desgracia y los años adornan con tan bella corona, y cuya solicitud abraza todos los intereses del Catolicismo; él ha aprobado el proyecto de la Iglesia del Sagrado Corazon; él ha sabido sacar de su pobreza una rica ofrenda para ayudar á la ejecucion, y él se digna, por medio

de un telégrama que acabo de recibir, bendecir de nuevo nuestra santa empresa.

Tengo necesidad de dar gracias tambien á los poderes públicos, á los cuales me he dirigido, y cuyo concurso no ha faltado á una obra de fé y patriotismo: el voto de 24 de Julio de 1873 recomendará la Asamblea nacional al respeto de la posteridad.

Cuando, despues de haber elegido sitio, pensé en pedir permiso para elevar en la cima de Montmartre, en nombre de Francia, una Iglesia dedicada al Sagrado Corazon, se me manifestó el temor de que el lugar escogido por mi para la edificacion del templo no fuese respetado á este destino pacífico por algun proyecto de fortificacion militar. Respondi que la colina de Montmartre estaba demasiado cerca del centro de la capital para prestar una defensa útil contra los peligros exteriores, y que si se trataba de la defensa interior, creía ofrecer á mi pais un preservativo más eficaz en la obra de reparacion, de caridad y de oracion, de que nuestra iglesia será el monumento y el simbolo.

Paréceme que el tiempo y el sentimiento cristiano han confirmado mis previsiones. Mal comprendida al principio por algunos, acogida sin embargo por todas las clases consagradas á Dios y á la patria, la empresa del Voto nacional ha entrado rápidamente en el corazon del pais entero. Apenas la mano del obrero embiste el flanco de la montaña, *todas las miradas se vuelven hácia esa colina de donde se espera el socorro: Levavi oculos meos in montem, unde veniet auxilium mihi.* Esta esperanza no será burlada;

si Dios está con nosotros, ¿quién será contra nosotros?

¿No es verdad, señores, que es el Divino Maestro el que os ha venido á buscar sobre esta montaña? Él vé vuestra piadosa diligencia, y, como en otro tiempo, quiere responder: *Videns autem Jesus turbas, ascendit in montem.* Gracias al aumento de vuestra piedad, bien pronto fijará aquí su morada. Sentado sobre ese trono nuevo que vuestras manos le habrán construido, atraerá á sí todos los corazones, y de sus labios divinos dejará caer de nuevo esas enseñanzas admirables que resonaron en otro tiempo en una montaña de Galilea y cambiaron la faz del mundo. *Et aperiens os suum-docebat eos.*

Escuchemos, pues, las divinas sentencias pronunciadas por Aquel cuyo corazon ha amado tanto á los hombres. Se llaman *Bienaventuranzas*. No os extrañeis, porque Aquel que las enseña tiene el poder de hacernos felices. Su mirada abraza todos los tiempos. Desde lo alto de la montaña ha visto á nuestro siglo con sus aspiraciones y sus miserias; ha visto en el origen de nuestros males el orgullo y la vanidad más despreciable que el orgullo; los hombres, rehusando adorar á Dios y adorándose á sí mismos, orgullosos de sus obras hasta desconocer el auxilio divino, sin el cual nada hubieran hecho. Ha visto la exaltacion de este orgullo, seguida de caidas lamentables, el desaliento sucediendo á la presuncion, un gran pueblo abatido en un abrir y cerrar de ojos; y despues la soberbia, apoderándose de nuevo de aquellos que parecieran más abatidos, y la vanidad renaciente, haciendo inútil la

dura lección de la experiencia. Es á esta sociedad enferma de orgullo, á quien Jesucristo dirige la máxima saludable y siempre verdadera, *Bienaventurados los humildes*, es decir, los modestos que no se exaltan á sí mismos con sus propias alabanzas. Ellos serán glorificados en la tierra y en el reino de los cielos. *Beati pauperes spiritu. quoniam ipsorum est regnum cœlorum.*

¿Qué ve todavía el Maestro desde lo alto de la montaña? Ve la pasión del lucro apoderándose de todas las almas, oscureciendo las inteligencias, rebajando los caracteres, apagando la llama del genio, ahogando el germen de todas las virtudes generosas. ¿En dónde hallar remedio á una llaga tan profunda? El corazón del hombre es impotente para librarse de semejante tiranía. Hé aquí por qué tiene necesidad de aproximarse al Corazón de Dios para volver á hallar su nobleza original y sentir de nuevo la sed de verdad y de justicia que solo Dios enciende, y que solo Dios puede satisfacer: *Beati qui esuriunt et sitiunt justitiam, quoniam ipsi saturabuntur.*

La sed del oro rebaja las almas; pero la voluptuosidad las seca. La redención nos había ayudado á sacudir esta esclavitud; pero ¡ay! la humanidad se ha encorvado de nuevo bajo este yugo vergonzoso; el placer ha vuelto á ser el dios del mundo; el rico busca los goces de los sentidos con todos los recursos de su opulencia; el pobre los codicia con todo el ardor de la envidia, y las altas nociones del bien y del mal se borran en las almas devoradas por el vicio. ¿No tenemos necesidad de que Cristo venga á revelar una vez mas á tantas inteligen-

cias ciegas la bienaventuranza demasiado desconocida que promete la clara visión de la verdad á los que conservan la pureza de corazón? *Beati mundi corde, quoniam ipsi Deum videbunt.*

La pasión del oro y la del placer no son sólo la causa del envilecimiento de los hombres; ellas les dividen y arman unos contra otros. Son un conflicto permanente esas concupiscencias que se encuentran y se chocan violentamente en la prosecución de las ventajas terrestres. Mucho se habla de fraternidad; pero realmente, ¿habita la fraternidad en el fondo de los corazones? Se preconiza el sacrificio; pero ¿hay algo de comun entre el sacrificio y ese egoísmo estrecho y celoso que informa todos los actos? Hay un mal social cuyas consecuencias pueden ocultarse algun tiempo, mientras duran las apariencias de una falsa paz; pero una sacudida inesperada quebranta en un momento el orden establecido; los resentimientos acumulados se desatan, desencadenanse las pasiones, y la sociedad tiembla en su asiento. ¡Oh Jesús! Este es el tiempo en que vuestro Corazón nos habla. La ciencia no conoce remedio para tan crueles divisiones: Vos solo podeis hablar como Maestro á esas almas turbadas por la pasión. Desde lo alto de este templo, que ostentará en su frontis vuestra imagen sagrada, mirando con amor á París y á Francia entera, Vos le direis: *Bienaventurados los dulces, los pacíficos, los misericordiosos*, porque ellos serán los señores del mundo: *Beati mites quoniam ipsi possidebunt terram.*

En fin, señores, si la divina predicación que partirá de la santa montaña no cura todos nuestros males; si aun con-

vertidos y fieles, no debemos estar al abrigo de los dolores y de las pruebas de esta vida, el Corazon de Jesús nos reserva un consuelo supremo: es la bienaventuranza de las lágrimas. Antes de El, el sufrimiento estaba maldito; era el duro sueldo, el castigo estéril del pecado. El Hijo de Dios descendió entre nosotros, cargó con nuestra deuda, llevó el peso de la expiacion, y así ha consagrado y transfigurado el dolor. Ahora el sufrimiento es fecundo, lleva en sí la semilla de la vida eterna, y el mismo infortunio tiene cierta dulzura, porque tiene por consolador el corazon de un Dios: *Beati qui lugent, quoniam ipsi consolabuntur.*

Tales son, señores, las esperanzas que despierta la obra bendita que, oculta hasta aquí en el secreto de los corazones fieles, comienza hoy á manifestarse en esta tierna ceremonia ¡Que la bendicion de Dios descienda sobre esta piedra! ¡Que penetre en las entrañas de la tierra que debe sostener el templo dedicado al Corazon de Jesucristo! ¡Que haga aparecer los muros sagrados que abrigarán bien pronto multitud de piadosos visitantes! ¡Que sostenga y vivifique el cielo de aquellos á cuyas manos está confiada esta empresa! ¡Que inspire á todos generosidad, constancia y fé en el buen éxito! Hé aquí lo que van á pedir conmigo el digno representante del Jefe de la Iglesia y todos estos venerables Prelados, uniendo sus oraciones á las mías para bendecir los cimientos de este templo. Hé aquí lo que obtendrá del cielo el concierto de voces suplicantes, que lleva en este momento al Corazon de Jesucristo el arrepentimiento de la Francia católica y el homenaje de su acendrado cariño: *Sacra-*

tissimo Cordi Christi Jesu, Gallia pœnitens et devota.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Roma 18 de Junio.—El estatuto ó Constitucion del *reino* de Italia se va convirtiendo en humo, así como los fuegos artificiales que se tiraron en el castillo de Santangelo el primer domingo de Junio, precisamente para celebrar el aniversario de la promulgacion del Estatuto en 1848. El artículo primero de la Constitucion proclama «la Religion católica, apostólica, romana, sola religion del Estado.» Pero hé aquí que el rey Victor Manuel, con la misma mano con la cual firmó la Constitucion, firma una ley que priva á la Religion católica de su clero y del medio de reclutarlo, sujetando á todos los clérigos hasta la edad de treinta y cinco años, sin excepcion, sin privilegio alguno, ni siquiera aquellos de los cuales gozan los estudiantes universitarios, ni tampoco el *privilegio* de eximirse, pagando, á la quinta y al servicio militar. El decreto regio que sanciona esta ley, digna de los primeros perseguidores de la Iglesia, única y sin precedente desde la salida de los cristianos de las Catacumbas, acaba de aparecer en la *Gazzetta ufficiale*.

La misma *Gazzetta* publica el anuncio de dos nuevas espoliaciones: el monasterio de los santos Domingo y Sixto, sobre el monte Celio, va á ser expropiado, y las monjas dominicanas que allí vivian, privadas ya del aire y del espacio necesarios á la vida del cláustro, serán divididas y mandadas á ocupar las últi-

mas celdas de algunos monasterios, salvados como restos de un inmenso naufragio.

La mano rapaz de los despojadores vá á llegar tambien hasta á los trapenses de la vía de Ostia, á seis kilómetros de Roma, que habitan en el lugar en donde el Apóstol San Pablo sufrió el martirio, y en donde existen todavía tres fuentes milagrosas, que hicieron dar á la iglesia y á la abadía aneja el nombre de San Pablo de las Tres Fuentes. Allí una colonia de trapenses franceses trabaja desde hace siete años para mejorar el sitio, que es de los mas temidos en las cercanias de Roma, en razon de su aire pestilencial.

Al empezar aquellos trabajos, benéficos no menos que atrevidos, la muerte sorprendió á numerosas victimas, y mas de una vez obligó á los trapenses á huir de la antigua abadía de las Tres Fuentes, en donde la fiebre habia establecido su imperio. En fin, la heróica constancia de los frailes habia triunfado de los golpes de la muerte. La abadía de las Tres Fuentes, mejorada con vastas plantaciones de eucalyptus, ya era sobre la via de la Ciudad Eterna como una vanguardia de la oracion y del sacrificio. Allí recibia el peregrino la hospitalidad, y encontraba ejemplos cuyo recuerdo llevaba consigo como un perfume de los mas dulces de la Ciudad Santa. Vino la revolucion, mas temible que la fiebre, mas implacable que la muerte, y á los trapenses ofrece ahora inscripciones de la Deuda, les anuncia que su abadía de las Tres Fuentes vá á ser vendida en almoneda... de la misma manera que ciertos industriales de los bosques darian su salvo-conducto al desgraciado que aca-

basen de despojar. Pues bien; esos humildes trapenses, que vencieron, no con palabras, como el bufon de Garibaldi, sino con hechos, las exhalaciones pestíferas de la campiña romana, sabrán imponerse un último sacrificio para salvar su querida abadía. Volverán á comprarla en la almoneda en nombre de uno de ellos, á quien la ley no puede menos de reconocer, si no los derechos de bienhechor de la sociedad, á lo menos los de ciudadano. ¿Se atreverá todavía el gobierno á impedir su generoso propósito con algun juego de especulacion? puede esperarse que no, *pues que* nadie se atreverá á comprar una propiedad que necesita del sudor y de la paciencia de los frailes para ser mejorada y fertilizada.

Dicen de Roma, fecha 25, que el Papa recibió el dia anterior por la tarde á una diputacion de la juventud de todas las diócesis de Italia, presidida por el comendador Adquaderni. Muchos de estos jóvenes habian visitado los santuarios franceses, y en el Mensaje leído por el comendador se decia que estos jóvenes peregrinos habian venido llenos de confianza, porque habian sido testigos de la piedad de las franceses y de su afecto á la Santa Sede.

Su Santidad contestó: «Hemos luchado el bien contra el mal, como en otro tiempo San Juan Bautista predicaba y hacia penitencia, mientras que los fariseos le perseguian. Jesús dijo á los discipulos de Juan: «Los cojos marchan; los ciegos ven.» ¡Cuántos cojos hay hoy que no se enderezan, y ciegos que no ven aún entre los gobernantes! Trabajemos, roguemos para esclarecerlos.»

RASGO TIERNO DEL BONDADOSO PIO IX.

— En una de las audiencias públicas del Santo Padre, adelantándose dos jóvenes, se echaron á los pies de Su Santidad derramando abundantes lágrimas. El bondadoso Pio IX quiso levantarlas; pero ellas insistieron con una espresion de profundo sentimiento, que sorprendió al Sumo Pontífice, quien no pudo dejar de preguntarles la causa de su gran pesar. «Beatísimo Padre, le contestaron, somos protestantes, y quisiéramos hacernos católicas.

— Muy bien, hijas mías, repuso el Papa; ¿qué, hallais algun obstáculo para realizar vuestros deseos?

— Si; nuestra madre se opone á ello.»

Esta madre estaba allí presente con un aire severo. y se mantenía en pié á cierta distancia. Pio IX la miró, y pareció que se entristecía, como Jesús á la vista del sepulcro de Lázaro. No obstante, dirigiéndose á aquella despiadada madre, le dijo: «Señora, en nombre de Jesucristo, de quien soy indigno Vicario, os reclamo estas dos jóvenes, pues primero son de él que de vos.»

Tanto la madre como las dos hijas abjuraron sus errores al cabo de poco tiempo, y continúan siendo muy fervorosas católicas.

—
Dice *El Diario Español*:

«Hemos leído en *La España Católica*;

«Los que no acatan las leyes del Estado porque esas leyes sean contrarias á la doctrina católica, se llaman confesores ó mártires: desde San Estéban hasta los últimos misioneros sacrificados en China y Dahomey, los mártires católicos son innumerables.»

Esto significa pura y simplemente hacer un llamamiento á la rebelion.»

A la rebelion que hace Santos, si, señor. El mal y el error apoderados de casi todo el mundo antiguo constituyeron Estados y establecieron leyes: Estados en que la fuerza dominaba sobre todo derecho, matando la libertad de una gran parte de ciudadanos y esclavizando la conciencia de los demás; leyes basadas en la fuerza ó al menos practicadas segun las inspiraciones del mas fuerte.

El mundo no podia subsistir de aquella manera.

Entonces vino Nuestro Señor Jesucristo á redimirlo y á regenerarlo.

Pero la regeneracion no podia hacerse acatando y respetando las leyes y la índole del Estado antiguo, que necesitaba de tan profunda reforma.

¿Ha leído *El Diario Español* en el Evangelio las acusaciones que los judios formularon contra Jesús? ¿Ha leído el rótulo que pusieron en la cruz de la redencion? ¿Ha leído las instrucciones que el Señor dejó á sus discípulos?

Pues conforme á esas instrucciones y ejemplos de Dios obraron los Apóstoles, siguiendo el ejemplo de estos los confesores y mártires de todos los tiempos, desde San Estéban á los de China y Dahomey.

¿Qué sería del mundo si los cristianos hubiesen acatado y respetado las leyes de Neron, Caligula y Diocleciano, las de Atila y Genserico, las de Mahoma, Muza y Tarif, las de Mirabeau y Robespierre, y las de cuantos han legislado tomando el nombre del Estado?

Lo que *El Diario Español* llama rebelion no es mas que la resistencia de la

verdad al error, de la virtud cristiana al vicio pagano, de la luz á las tinieblas; es la regeneracion católica que se está verificando constantemente desde hace diez y nueve siglos, unas veces atacando, otras veces resistiendo.

Si á esto quiere *El Diario Español* llamarlo rebelion, hágalo enhorabuena; pero llámela rebelion salvadora, para distinguirla de otras rebeliones que derriban tronos y perturban el órden social sin traerla ninguna ventaja.

Rebelion que hace confesores y mártires, no tema *El Diario Español* que pueda sustituirle en el papel que desempeña.

VARIEDADES.

TODO ESTA CUMPLIDO.

Del mundo lóbrego al rumor horrible,
Entre aplausos y gritos de alegría,
De hinojos con su llanto en su agonía
Inunda el duro suelo una Mujer.
Con semblante satánico en su torno
Agitanse cual tigres carniceros
De los mas despiadados, cien guerreros
Aumentando sus penas con placer.

—
A la luz del relámpago verdoso
Del bosque entre las ramas ruge el viento.
Oyese el ronco trueno fragoroso....
Ni una estrella ilumina el firmamento.

—
Jesús espira, y con dolor profundo,
Oyendo su clamor al de María,
Aparecen los muertos en el mundo
Nadando en sangre entre la niebla fría.

Aibra el rayo fatal, crece el estruendo,
Irritanse los mares, é imponentes
Levántanse sus ondas cual pidiendo
A los cielos justicia ante las gentes.

—
Busca el ave su nido con espanto,
Los ángeles suspiran en el cielo,
Abrese la ancha tierra, y mientras tanto
Negra noche de horror tiende su velo...
Cadáver ya en la cruz vé al Mártir Santo
Otra Mártir que llora sin consuelo!

Tomás Clavel y Bosch.

¿Para qué sirven las novenas, peregrinaciones y súplicas?—Un periódico libre pensador ha estampado recientemente en sus columnas las siguientes líneas:

«El Papa acaba de publicar una Enciclica dirigida á los obispos de Austria, en la que, como de costumbre, se lamenta de los males de la Iglesia y del poder victorioso de sus enemigos. ¿Para qué sirven, pues, las novenas, peregrinaciones y súplicas, si los enemigos de la Iglesia continúan siendo perpétuamente los mas fuertes?»

La respuesta es muy fácil.

Las novenas, peregrinaciones y súplicas contribuyen al progreso de la Iglesia. En efecto, en *Las Misiones católicas*, por el presbítero Duvand, leemos lo que sigue:

«La Iglesia católica progresa de tal suerte, que es preciso remontarse á los tiempos apostólicos para encontrar igual engrandecimiento, lo que vamos á demostrar con la elocuencia de los números.

Al advenimiento del grande y admira-

ble Pio IX, contaba la Iglesia 800 obispados, vicariatos y prefecturas apostólicas, y al presente elevanse á mil, y á 300.000.000 el número de los fieles. Obsérvase, pues, un aumento de 200 obispados instituidos por Pio IX, desde 1846 á 1872. Centenares de misioneros, de religiosos y hermanas de la Caridad parten todos los años para las misiones, y cada año nuevos países reciben el Evangelio. Raras veces la Iglesia católica romana ha dado tan poderosas muestras de vitalidad.»

Las súplicas, novenas y peregrinaciones sirven también para hacer patente la inutilidad de los ataques de los adversarios de la Iglesia. Existe en esta una fuerza divina que no es capaz de vencer la violencia ni la astucia de los hombres; los que intentan destruirla se fatigan en un trabajo tan insensato como inútil. *La Frusta*, valeroso periódico satírico de Roma que ya ha perdido la cuenta de los procesos y secuestros de que ha sido objeto, da una imagen exacta de este trabajo importante de los enemigos de la Iglesia. Representa á Bismarck ante un almirante lleno de agua, la que bate con todas sus fuerzas con un enorme majadero. *Vedi*, léese al pié de la caricatura, *pestar, l' aqua in un mortario*: «Ved machacar agua en un almirante. «Esta agua figura la Iglesia, agua divina, á la cual hace mucho tiempo que sus enemigos procuran reducirla á polvo; pero escápanse bajo sus golpes y concluye por ahogarles, mientras que satisface la sed de verdad y de amor de los verdaderos hijos de Dios.

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Mañana será la última procesion para ganar el jubileo del Año Santo. Y siendo condicion indispensable el confesar y comulgar dentro del tiempo en que se hacen las visitas á las parroquias, mañana domingo es el último para llenar dicho requisito.

Domingo.—En la Colegial misa conventual á las nueve. En Santa María á las ocho y media misa mayor. En la Virgen de Gracia misa de renovacion á las siete y media.

Mártres.—En las Agustinas á las siete misa de renovacion, y por la tarde á las cuatro solemnes visperas, estando de manifesto S. D. M.

Miércoles.—En las Agustinas á las diez gran funcion á la Santísima Sangre de N. S. Jesucristo, con sermon, y por la tarde á las cinco solemnes visperas.

Jueves.—En las Capuchinas Misa de renovacion á las seis y media, y por la tarde á las cuatro el trisagio.

Sábado.—En la Colegial á las siete y media Misa de renovacion.

La Junta para la reedificacion de la ermita de San Roque, ha acordado que la inauguracion de las obras de aquel deruido santuario, tenga efecto con toda la brillantez posible en la tarde del domingo 11 de los corrientes.